

LA PALABRA QUE CONSTRUYE COMUNIDAD:

El derecho a la expresión en las prácticas Freinet de un aula de
escuela pública en Montevideo

Silvia Barreiro

MEPFU

Uruguay

En noviembre, cuando se conmemoran los derechos de niñas, niños y adolescentes, nuestras aulas se llenan de reflexiones sobre lo que significa poder decir, o “tener la palabra”, ser escuchados y participar en la vida colectiva del grupo aportando y tomando decisiones. Es decir, construyendo cada día la escuela. Entre esos derechos, el de la libertad de expresión, reconocido en el artículo 13 de la Convención sobre los Derechos del Niño (ONU, 1989), es un puntapié para pensar la escuela como un espacio productor donde las voces de las infancias no solo son permitidas, sino necesarias para construir el presente en cada acto.

Enmarcada dentro de los principios de una pedagogía que da encuadre, forma y que nos contiene, algo sumamente necesario en un tiempo donde la carencia de certezas es moneda común, la expresión de niñas y niños no es un simple añadido a la enseñanza y a las prácticas diarias, sino su punto de partida.

Célestin Freinet comprendió que las niñas y los niños aprenden hablando, escribiendo, discutiendo y creando juntos. Tomando esto como eje vertebrador, en una escuela del oeste de Montevideo, mañana tras mañana se recrean y rehacen, las distintas técnicas, siguiendo a Hannah Arendt (2009) en esa cuestión de dar libertad a los nuevos para crear, pero a la vez para cuidar lo que nos ha sido legado y vale la pena conservar, es decir la posibilidad que se juega cada día de tener un mundo común.



Entonces, en cada intento, en cada encuentro trazando caminos para hacer de la palabra un acto de libertad a partir del texto libre, la correspondencia internacional, las clases paseo, el qué hay de nuevo y la asamblea. En cada una de estas experiencias, el derecho a expresarse se vuelve una práctica cotidiana, colectiva, desafiante y emancipadora.

La palabra que nace del deseo: el texto libre

Según Freinet la educación debe partir de la vida y volver a ella. En el texto libre, las niñas y los niños escriben lo que desean, lo que les urge, incomoda o lo que aprendieron y quieren comunicar, una historia, una vivencia, una emoción, un sueño, un miedo, un poema, una noticia o una producción que se inspira en alguna forma textual trabajada en clase.



No se trata de un ejercicio de forma y estilo, sino de dar valor a la palabra y a la creación propia, más en tiempos donde la inteligencia artificial y sus algoritmos roba la experiencia de ser autor y el placer de ser creadores. Es la posibilidad de descubrir y sorprenderse de lo que uno puede lograr con lo que tiene para decir y que, a la vez, puede interesar a los demás. En el aula, el momento del texto libre se vive con la emoción de quien abre una ventana al mundo, es la propuesta favorita en el Plan de Trabajo que ordena la semana. Algunos escriben sobre su familia, otros sobre el barrio, sobre un partido de fútbol, un cuento mágico, chistes o un sueño. Luego, en lectura colectiva, se eligen democráticamente algunos para publicar, con la corrección cooperativa correspondiente, leerles a los más pequeños de la escuela, digitalizar y subirlo a la plataforma CREA y enviar a Chile en la correspondencia internacional.

En ese gesto de compartir lo escrito aparece la experiencia democrática que Freinet defendía, una pedagogía de la comunicación y de la cooperación entendiendo a la escuela como una comunidad de trabajo en la que la expresión libre es condición de aprendizaje y de vida social. El texto libre es entonces el primer territorio donde se ejercita el derecho a la expresión con responsabilidad y sentido.

CREA es una plataforma digital de aprendizaje desarrollada por el Plan Ceibal, la iniciativa uruguaya para la educación innovadora e inclusiva. Provee a las escuelas públicas de un ambiente virtual donde estudiantes y docentes comparten recursos, se comunican y realizan actividades educativas.



La palabra que viaja: la correspondencia internacional

Este año, estamos realizando correspondencia con una escuela de Santiago de Chile. Cada envío de cartas, dibujos y fotografías es una fiesta. Los sobres cruzan la cordillera cargados de curiosidad, amistad y preguntas. “¿Cómo es su recreo?”, “¿qué canciones cantan?”, “¿qué les gusta comer? Escribir y esperar respuesta nos enseña la pausa que requieren las cosas buenas, nos enseña a leer el mundo y nuestra región, y a reconocernos en los otros. Porque como planteó Freinet, la carta solo tiene sentido si nos vemos obligados a recurrir a ella para comunicar más allá del alcance de nuestra voz.

La correspondencia interescular trasciende lo académico, une infancias y construye fraternidad entre pueblos, una

educación para la paz y la solidaridad, basada en el intercambio y la cooperación. En cada carta hay un ejercicio de empatía, un modo de aprender geografía, lenguaje y cultura desde la vida misma.

La palabra que observa: las clases paseo

Otra de las técnicas que sostienen nuestras prácticas es la clase paseo, esa salida que transforma el entorno cotidiano en fuente de conocimiento. Caminamos por el barrio, por las plazas, por la feria y otros barrios con cuadernos y cámaras de celular. Observamos, preguntamos, tomamos notas. Luego, en el aula, escribimos textos, elaboramos informes, mapas o dibujos.

La clase paseo actualiza el principio de que la escuela no debe separarse de la vida, sino abrirse a ella.

Los niños aprenden que el conocimiento no está solo en los libros, sino también en las conversaciones con los vecinos, en los sonidos del barrio, en la historia de una plaza o de una fábrica.

De este modo, la observación se une a la expresión, lo que se ve, se cuenta; lo que se cuenta, se comparte y multiplica. Y lo compartido se convierte en conocimiento común. Freinet consideraba esta práctica parte de la disciplina racional, una organización del trabajo que no impone obediencia, sino que genera sentido.

Como señala Trilla (2001), su pedagogía reemplaza la autoridad externa por la responsabilidad compartida. Así, las clases paseo son también un ejercicio de autonomía y de respeto mutuo.



La palabra que organiza la vida del grupo: la asamblea y el “¿Qué hay de nuevo?”

Cada semana, en nuestras aulas, la asamblea se convierte en el corazón de la vida cooperativa. Allí se planifican tareas, se resuelven conflictos, se hacen propuestas. No es una instancia simbólica, las decisiones que surgen de la asamblea guían la vida del grupo. Los niños aprenden que su voz tiene poder, que la palabra puede transformar la convivencia. Ueda y producción espontánea de ideas, de emociones y de encuentros.

El “¿Qué hay de nuevo?” abre las jornadas con la misma lógica, un espacio breve para contar lo que nos pasa. A veces surge una noticia del barrio, una anécdota familiar o una preocupación. Otras veces, una idea para investigar o un proyecto para compartir. En esos minutos, la escuela se vuelve comunidad viva. Estas prácticas concretan el ideal freinetiano de una escuela democrática, donde cada niña y cada niño ejerce su derecho a expresarse, pero también aprende a escuchar, a argumentar y a llegar a acuerdos. Al decir de Freinet (1976) no se trata de que el maestro enseñe la libertad, sino de que la libertad se viva.

El derecho a expresarse como acto de justicia

Celebrar en noviembre el Día Internacional de los Derechos del Niño/a y adolescente no es solo recordar una fecha, sino renovar un compromiso pedagógico. En la escuela pública, ese compromiso es total y se traduce en ofrecer espacios donde las niñas y los niños puedan hablar, escribir, decidir y crear. Porque la libertad de expresión no se enseña en abstracto, sino que se construye en la práctica cotidiana del aula cooperativa.

Entiendo la pedagogía como profundamente política, y ello conlleva una defensa de la dignidad infantil, la dignidad de aquellos que día a día pueblan nuestras escuelas. En palabras de Trilla (2001), una escuela “humanista frente a un neocapitalismo materialista fundado sobre el expolio universal...” (p.40)

Hoy, en contextos distintos, pero con desafíos similares, las técnicas Freinet siguen siendo herramientas de emancipación que abren el diálogo a largo plazo, con los que estuvieron antes y con los que acaban de llegar. En la correspondencia, en el texto libre o en la asamblea, cada niño y cada niña aprende que su palabra tiene valor. Y en ese descubrimiento se juega algo más que la escritura o la oralidad, se juega el

derecho a ser reconocido, a participar, a construir junto a otros un mundo más justo.

Una pedagogía de la palabra viva

Decir, escribir, compartir y decidir son cuatro verbos en infinitivo y listos para la acción que resumen el espíritu de la pedagogía de la Escuela Moderna. En esta experiencia en Montevideo, cada técnica aplicada, ha sido una puerta abierta al derecho a la expresión, pero también una forma de aprender cooperando, de pensar críticamente, de cuidar la palabra como herramienta de encuentro y construcción de lo común y la paz en mundo que desoye los gritos de pueblos y pueblos que se unen para solicitar al tirano que deje de matar, que deje vivir en paz.

Si educar es dar la palabra a quienes no la tienen. Esa sigue siendo la tarea, sostener aulas donde la palabra circule libre, donde cada voz encuentre eco en la de los demás, donde la cooperación y la autonomía sean formas de ejercer la libertad. Y así, las escuelas públicas abonen el camino a espacios que como laboratorios experimenten la vida democrática y la esperanza de una paz de verdad.